

# 3 "Swamis"

—¿De dónde vinieron?

De lejana y fantasmagórica tierra pelada, en la que sus mujeres llevan una estrella en la frente, las vacas son sagradas y las hambrunas, legendarias. Traían el blanco envoltorio de los árabes, (una dalmática cimarrona) la cabeza rapada del sacerdocio, los ojos glaucos, y el canto en sánscrito, como debe cantarse en las pagodas budistas, aunque ahora, en el fondo de la canción —anterior a la armonía y contemporánea del gregoriano— gemía la palabra del Cristo que crucificó su "ego" en el entrecruce de la griega cruz del Calvario.

Se hacían llamar "swami", que en hindí significa Maestro. Parecían dos profetas o dos santos. Era increíble creerlos hechos de carne morena, manos pálidas y dulces, con sendos cantos que se iniciaban en un salmo oscuro y de ronquido, más que de lamento. Dos de ellos, eran color de la azucena, y hablaban una lengua sajona dulcificada o proteica en los tonos, como si más que hablar, pareciera que estaban en rezo. Antes de someterse al interrogatorio, cantaran: primero uno, el más feble que la brizna del desierto. Trás del primero, el otro, que tenía un antiguo trasunto del Buda que llegó a la tierra solariega, cuando los brahmanes fueron barridos por los asiáticos que adoraban, desde el Japón, al Dios rechoncho y gordito como Mao Tse Tung. Venían y oían a la tierra vieja y añorosa, sobre la que desfilaron, desde Alejandro Magno, Temerlan y los holandeses, franceses e ingleses, hasta la Reina Victoria, aquella señora en la Inglaterra de los aforismos de Oscar Wilde.

El tercero, era blanco, viejo rabino de cincuenta y siete siglos de edad, proveniente de la hebráica tierra prometida, pero sin la pureza de los otros color de azucena. Ya su mente había sido alterado por la ciencia, por el positivismo, por el laboratorio, por la propaganda y el sofisma. Era, pues, un enfrentamiento de tres almas animadas por el Espíritu Santo. Pero los dos primeros "swamis", "Tylak" y "Yety", parlaban con una poesía religiosa, como si la música del verso y la imaginación de la lírica, se hubieran atrevido a entrar en el insondable misterio de la Creación, donde el rigor de la ciencia exige la demostración del laboratorio, la prueba irrefutable, el prosaico y detestable resultado matemático que anula toda posibilidad de lo subjetivo. Nunca la mente del gacettillero pudo soñar que asistiría a un encuentro de los mundos del ayer y de hoy. El desafío de lo imaginativo y lo positivo. El enfrentamiento de la mente voladora, enajenada por la mística, contra la realidad aterradora del hombre encasillado en la ruda cárcel de la realidad, esa que ha perdido, hasta hoy, la batalla del cáncer, pero ha ganado las de Hirshoshima y Nagasaki.

Como el viejo rabino tiene una mente poderosa y unas gafas estremecedoras, el duelo tuvo el encanto de la tierra del Sefard, que es como decir, el encanto de la lírica de Fernando de Herrera o de Federico García Lorca. Porque sus preguntas, acuciosas y temibles, estaban ungidas del profundo gozo con el que poetas y filósofos hablaron en la Europa de los siglos X al XIII, a la puerta de las Sinagogas, cuando coexistían, placenteros, árabes aceitunas y judíos albos;—y tanto unos como los otros, pensaban en la materia como un subestrato de la Naturaleza. No se había inventado todavía ni la ciencia del frío ni el calor quemante del átomo desatado.

"Swami" quiere decir Maestro, pero también conlleva algo



José  
Marín  
Cañas

más que ello. Pues lo es, aquel que renuncia a todo para ir en busca de Dios. Encontrar a Dios, es encontrarse a sí mismo, pareciera que dijeron, en parábolas, "Tylak" o "Yety" que si bien aquí se consignan los nombres, no fue posible al gacettillero identificar si el flaco o el gordito eran uno o el otro. En un mundo del siglo XX, cuando acabamos de ir a la Luna; la sociedad de consumo llega a su más avanzado punto de desarrollo y sus componentes andan a la busca de una "Coca-cola" para mitigar su sed, saber que existen seres erráticos, humildes, filósofos, pobres de santidad y ávidos de luz, que caminan buscando a Dios, es, en sí, un hecho de tanta trascendencia, de tan insospechado estupor, que no hemos logrado salir del marasmo que nos produjo el diálogo de los tres "swamis". Porque es justo reconocer que el tercero, lo es, como lo afirmaba "Tylak", en la misma proporción, aunque no tan andariego. Se trata, como se ve, de un "Swami" estancado en la dulce almohada del hogar, y no viajero, como los de color de azucena. ¿Cuál su misión? El bien del prójimo. La búsqueda en todo y en nada, de la presencia de Dios, punto convergente de todas las religiones, que cambian de profeta, pero no de Ser Supremo. "Es la ola, la semilla, el calor, el milagro inestimable de la vida y el horrible misterio de la muerte, aún no atenuado por el filosofar de la transposición corpórea de los andariegos maestros hindúes".

Dentro del pensamiento moderno, frígido y analítico, nada de la parla de esa noche de embrujo, tiene validez. Por dos horas largas, los "swamis" se enfrascaron en la filosofía religiosa, en el misterio de la vida y de la muerte, en el enigmático acertijo del cosmos, en la aberrante caminata del Cristo, en el estruendoso acto del Sinaí, y en la interpretación del Decálogo. Era maravilloso y sorprendente presenciar a un judío, del tiempo de Moisés —pero afeitado rigurosamente con una "gillite" de último modelo de acero inoxidable —escuchar la gravitación de toda la larga sabiduría del Antiguo Testamento, conformando el fondo y trasfondo del espíritu de estos trashumantes e incansables viajeros hacia el oeste. Parecía que habían salido a darse un paseo con túnica de verano, ligera y de lino, con sandalia y rasurado el cogote, por los alrededores del mundo que arrancó hace casi ya dos mil años, para desarrollar esta intrincada jerigonza, apretada como nudo gordiano, de nuestra civilización maquinista, pragmática, adoradora del becerro del Dólar, en la faústica noche de los tiempos.

Ante la urgencia de comprobación científica, de demostra-

ción palpable de los asertos, los dos hindúes se elevaban en unas voltijantes piruetas de la mente, en el tiempo y el espacio, concentraciones íntimas, comuniones con el misterio hermético del más allá, estrujantes consultas a lo que está fuera de lo humano. Era, pues, un mundo de maravilla, incognoscible y pululante. La mente irónicamente detenida frente a este complejo invisible, no podía escapar a la certeza de que los procesos de la Naturaleza son inúmeros y de todos ellos apenas una minúscula parte intuimos, y una microscópica porción hemos descifrado. Pareciera que en las palabras de los dos "swamis" color de azucena, revivía la posibilidad de ese mundo aún no sometido al microscopio ni al tubo de ensayo ni a la dialéctica humana del hombre actual.

Fue un duelo de maravilla que se prolongó por dos horas, en la calma de la noche aturbonada, y en el rectángulo pequeño y aprisionante de la modernísima y diabólica Televisión.

Pero el "swami" blanco tenía una razón más allá de sí mismo. Era la del Maestro que no ha hecho renuncia al nido, ni al fraterno calor de la humanidad estancada, ni ha tomado los alcóres del horizonte para ir deambulando por el mundo en busca de un Dios misericordioso. En sus manos y en su corazón está la gaya ciencia, el humanitario secreto de la vida; el bálsamo reparador de la llaga y del corazón herido; el lienzo que salva de la muerte. Y todo lo ejerce, como dijo una anciana walkiria, grande como un totem e hirsuta ya en lo que quedó de su rubia caballera moza, ahora sin lanza ni escudo ni atambores de Wagner: "Es un sabio y un santo". Fue un cruce de ideas, como si el ayer y el hoy se enfrentaran a discutir, sobre la tarde digna o la noche embrujada, el enigma humano y divino de esta "cosa extraordinaria de vivir".

El pobre gacettillero que en la sombra oía, tuvo un largo presentimiento de que aún la poesía y la imaginación, eran los más relevantes personajes del libro de la vida. No tendrían quizás una comprobación exacta, pero en las palabras aleteaba un ruido de alas de ángeles. Sonaba todo aquello como nueva anunciación del arcángel Gabriel, a Isabel y a María. ¡Hermoso enfrentar de dos razas viejas! ¡Qué ancianos son los hindúes, los chinos, los hebreos! Ya eran viejos cuando nacimos a la Era Cristiana, que apenas tiene dos mil años. ¡Qué ciencias imponderables guardan en sus corazones estos hombres que nacieron casi con el mundo, y aún caminan en la interminable búsqueda!

¡Qué rara ciencia, que clava unos alfileres en los puntos claves de la arquitectura humana y tornan insensible al hombre! ¡Cuántos años de atraso en nosotros, que cuando nos clavamos un alfiler, a lo único que acatamos, es a ponernos una venda. Quizás nuestra pomposa ciencia se reduce a mitigar la sed carnal con "Coca-cola" y a adogarnos un dedo con la encantadora cinta penicilínica de la "curita milagrosa".